



ARRENDARÁ LA VIÑA A OTROS VIÑADORES

Domingo XXVII del Tiempo Ordinario

“Aunque la parábola de los viñadores homicidas interpela directamente a los dirigentes, el pueblo es también aludido cuando se habla de otro pueblo que rinda sus frutos (21, 43). (...) Este nuevo pueblo se define por la fraternidad, término preferido por el evangelista para definir las relaciones comunitarias. La igualdad manifestada en este concepto se hace llamada universal a la perfección que surge de la misma perfección de Dios (5, 48)”.

(Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo. Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles 2, Félix Cisterna, Editorial Claretiana, 2005).



LA PALABRA

Is 5, 1-7 | Sal 79, 9-20 | Flp 4, 6-9

Mt 21, 33-46

Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: Escuchen otra parábola: Un hombre poseía una tierra y allí plantó una viña, la cercó, cavó un lagar y construyó una torre de vigilancia. Después la arrendó a unos viñadores y se fue al extranjero. Cuando llegó el tiempo de la vendimia, envió a sus servidores para percibir los frutos. Pero los viñadores se apoderaron de ellos, y a uno lo golpearon, a otro lo mataron y al tercero lo apedrearon. El propietario volvió a enviar a otros servidores, en mayor número que los primeros, pero los trataron de la misma manera. Finalmente, les envió a su propio hijo, pensando: Respetarán a mi hijo. Pero, al verlo, los viñadores se dijeron: Este es el heredero: vamos a matarlo para quedarnos con su herencia. Y apoderándose de él, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando vuelva el dueño, ¿qué les parece que hará con aquellos viñadores? Le respondieron: Acabará con esos miserables y arrendará la viña a otros, que le entregarán el fruto a su debido tiempo.

Jesús agregó: ¿No han leído nunca en las Escrituras: La piedra que los constructores rechazaron ha llegado a ser la piedra angular: esta es la obra del Señor admirable a nuestros ojos? Por eso les digo que el Reino de Dios les será quitado a ustedes, para ser entregado a un pueblo que le hará producir sus frutos. Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír estas parábolas, comprendieron que se refería a ellos. Entonces buscaron el modo de detenerlo, pero temían a la multitud, que lo consideraba un profeta.



Volvió a enviar a otros servidores

“El Padre no quiere castigar al hombre que ha abusado de su libertad y ha pecado. Para ello envía a uno de sus profetas, luego a otro y así sucesivamente para que, hablando en su Nombre, prediquen la necesidad del arrepentimiento y de la verdadera conversión, la ‘metánoia’ bíblica, que supone un reconocimiento del mal que se ha realizado y un cambio radical de posición frente a ese mal, al que ya no solo se rechaza, sino que se trata de alejarlo de sí mismo con todas las fuerzas.

Los hombres, lejos de recibir a los enviados de Dios y de secundar sus llamados a la rehabilitación, los desprecian, los olvidan, los persiguen.

Luego, vino nada menos que su propio Hijo, quien no solo habló en nombre del Padre, siendo su principal Profeta, sino que Él mismo realizó la liberación del pecado; Él fue el Redentor, el verdadero Salvador. Sin embargo, ¿cómo respondió el hombre a ese Redentor?

Llevamos veinte siglos de redención y todavía el mundo de hoy gime bajo las guerras, los odios, las injusticias, las persecuciones, las opresiones, el hambre, las violencias de todo género y las muertes.

¿Cómo podrá entonces el mundo creer que en verdad Jesús es el Redentor, si no se siente redimido? ¿Que Él es el verdadero y único Liberador, si no se siente liberado del mal? Aquí es donde cada uno de nosotros tiene que asumir su propia responsabilidad.

¿Cómo vamos a dar la imagen de estar nosotros liberados por Jesús, si en lo interior de nuestra conciencia nos sentimos amordazados todavía por el pecado, por el egoísmo, por la injusticia?

Nuestra vida de redimidos podrá ser un testimonio solamente cuando, secundando la obra de Jesús en nosotros, vivamos de tal forma que cuantos nos rodeen no puedan menos de sentirnos libres de todo pecado, de todo mal”.

(El Evangelio meditado para cada día del año, Alfonso Milagro, Editorial Claretiana, 2006).



LA ORACIÓN

“Yo, el hermano Francisco, el más pequeño de todos y servidor de ustedes, les ruego y suplico, en la caridad que es Dios y con el deseo de besarles los pies, que reciban, con humildad y amor, estas palabras de nuestro Señor Jesucristo, las pongan en práctica y las guarden en su corazón... Y a todos aquellos y aquellas que las reciban con amor, las comprendan y perseveren en ellas hasta el fin, los bendiga el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén” (CTF, 2ª r).

“¡Altísimo y glorioso Dios!, ilumina las tinieblas de mi corazón y dame una fe recta, una esperanza segura y una caridad perfecta, comprensión y conocimiento, Señor, para que cumpla tu santo y verdadero mandamiento. Amén” (OCSD).

(*Los cinco minutos de san Francisco*, Traducido y adaptado por Néstor Saporiti, Editorial Claretiana, 2001).



LA VIDA

Fraternidad

“Feliz el servidor que ama y respeta a su hermano tanto cuando está lejos como cuando está cerca, y no dice a sus espaldas nada que no pueda decir con caridad delante de él (Ad 25)”. (Los cinco minutos de san Francisco)

Nos hacemos eco del Evangelio y la reflexión de hoy. Estamos llamados a ser Pueblo nuevo, comunidad donde el otro sea prioridad. Estas palabras, tomadas de la Introducción del libro *Floreillas de san Francisco de Asís* (Editorial Claretiana, 2003), nos muestra una semblanza de este Santo que bien puede ser nuestro desafío en este momento: “la libertad interior que le permite vivir la pobreza, la dimensión universal de la fraternidad y el sentirse amado por Dios a pesar de su pequeñez, lo vuelven profundamente humano y comprensivo ante los límites propios y de los demás, aprendiendo a aceptarlos como son, buscando lo esencial de cada cosa, creyendo en la posibilidad de conversión de cada ser humano, por pecador que sea”.

SEMILLERO

Salmo 80 (79). Súplica por la restauración de Israel

(...) “El salmista le recuerda a Dios (v. 9-13) que Él mismo sacó a su pueblo de Egipto y lo plantó como una viña vigorosa en la tierra prometida. Por amor a su viña no puede abandonarla al saqueo de los transeúntes ni al destrozamiento de animales feroces. La Biblia con frecuencia representa a Israel como la viña de Dios. Esta imagen, esbozada por Oseas y desarrollada por muchos profetas, expresa de modo sugerente el amor y el cuidado de Dios por su pueblo. En este poema el recuerdo de la viña alcanza una fuerza y un lirismo encantador para conmover el corazón de Dios. Así la plegaria del pueblo se torna más intensa (v. 15-20) y compromete a Dios a mirar desde el cielo a su viña, a visitarla y hacerla vigorosa. Además, el pueblo orante pide escarmiento para los que profanaron la viña y se compromete a no separarse nunca jamás del Señor.

El estribillo *¡Restáuranos, Señor de los ejércitos, que brille tu rostro y seremos salvados!*, repetido a intervalos irregulares, atraviesa todo el poema. Es, en verdad, una vigorosa invocación al Señor de los ejércitos, comandante de milicias celestiales de poder invencible, para que manifieste su poder en su rebaño elegido. Pero, al mismo tiempo y a modo de contraposición, recurre a la imagen del rostro luminoso de Dios, imagen amable y misericordiosa presente en las fórmulas litúrgicas de bendición (cf. Nm 6, 25) y en las súplicas de muchos salmos. El pueblo, en definitiva, deposita, su confianza en el amor y la misericordia que brillan en el rostro de Dios.

Recemos este poema a la luz del Nuevo Testamento. La iglesia es la nueva viña, pueblo de Dios nacido de la Pascua de Jesús. Jesús en la última cena refiere a sí mismo y a su Iglesia la imagen de la vid (Jn 15, 1-5)”.

(*Salmos: experiencia orante de un pueblo*, Cisterna, Félix Eduardo, Editorial Claretiana, 2007).